BIOGRAFIA ESPAÑOLA.

DON ALVARO DE BAZAN,

PRIMER MARQUÉS DE SANTA CRUZ.

Las hazañas que distinguieron á los españoles para la restauracion de su monarquía desde principios del siglo VIII fueron los fundamentos mas sólidos de esplendor de la nobleza castellana. Los ricos-homes se presentaban en la guerra con sus mesnadas y pendones al lado del monarca, para defender sus derechos y conservar su dignidad. Asi lo hicieron los Bazanes, los Toledos, los Girones, los Fajardos y otros. Entre los muchos testimonios que de esta verdad ofrece la historia marítima de España fijarán por ahora nuestra atencion los ínclitos hechos de *D. Alvaro de Bazan*, primer marqués de Santa Cruz, señor de las villas del Viso y de Valdepeñas, comendador mayor de Leon, del consejo de S. M., su capitan general del mar Océano y de la gente de guerra del reino de Portugal.

Nació en la ciudad de Granada á 12 de diciembre de 1526. Fueron sus padres D. Álvaro de Bazan, capitan general entonces de las galeras y naves destinadas á guardar las costas de Granada, y doña Ana de Guzman, hija del conde de Teba, marqués de Ardales: tuvo por ayo á Pedro Gonzalez de Simancas. Apenas tenia nueve años cuando Cárlos V le nombró alcaide del castillo de Gibraltar por real cédula de 2 de marzo de 1535, mandando que durante su menor edad tuviese el padre la tenencia, salarios, derechos y exenciones de la capitanía, prestando el pleito-homenage y juramento de fidelidad hasta que el hijo entrase por sí mismo ó por el teniente que nombrase en el egercicio de aquel empleo. Embarcado desde muy jóven al lado de su padre, recibió aquella educacion robusta y varonil que tanto distinguia á la nobleza de aquel tiempo. En premio de sus méritos le condecoró el emperador en 1542 con el hábito de la orden de Santiago. Dos años despues partió D. Álvaro el padre desde Valladolid á Santander á mandar una escuadra de 40 buques: quince de ellos fueron á Flandes con 2000 españoles que llevó el maestre de campo D. Pedro de Guzman; los restantes quedaron para la defensa de nuestras costas. En tal situacion tuvo aviso D. Álvaro de que el 8 de julio se habia descubierto desde Fuenterrabía una armada de mas de 30 naos francesas que habian apresado dos vizcainas que se dirijian á Flandes cargadas de sacas de lana; y reforzando entonces D. Álvaro sus buques con alguna tropa, dió á la vela apresuradamente el 18 de julio, dirigiéndose á las costas de Galicia, que se hallaban amedrentadas con los desembarcos de tropas y saqueos horrorosos que hacian los franceses. Hallábase la armada francesa exigiendo una contribucion á la villa de Muros, cuando dió sobre ella el ilustre Bazan con la suya, compuesta de 25 naos el 25 de julio, dia del apóstol Santiago. La capitana de D. Álvaro embistió á la francesa con tal denuedo, que la echó á fondo con su gente; y arribando luego sobre otra nave enemiga que venia en socorro de la primera, la rindió tambien. Al cabo de dos horas derrotada y rendida la armada enemiga y degollados mas de 3000 franceses con solo 300 muertos y ahogados de parte de los españoles, se retiró la armada vencedora á la Coruña conduciendo gran número de presas. Cupo mucha parte en tan feliz jornada al jóven Álvaro, que sin cumplir los 18 años de su edad, asistió intrépido al lado de su padre.

Preparado asi para el mando y direccion de las fuerzas navales, le nombró el rey en 1554 capitan general

de una armada destinada á guardar las costas de España y proteger la navegacion de las Indias interrumpida por los corsarios franceses; á los cuales escarmentó muy pronto, ya combatiéndolos y apresándolos bizarramente, ya infundiéndoles tal pavor y miedo que dejaron libre la comunicacion con los paises de Ultramar y tranquilos los habitantes de nuestras provincias marítimas.

En 1561 fue nombrado capitan general de diez galeras que anduvieron en custodia del estrecho de Gibraltar y de las costas de Poniente. Los moriscos del reino de Granada mantenian pérfidas y perjudiciales relaciones con los Berberiscos y aun con el Gran Señor; y estos les protegian infestando nuestras costas. Asi lo hicieron en 1563 con Oran y Mazalquivir, en cuya ocasion fueron prontos y eficaces los auxilios de D. Álvaro. No hacian menor daño los corsarios franceses, ingleses y escoceses, que sin observar los tratados de paz que sus príncipes tenian con España robaban nuestras naos, é interrumpian nuestras comunicaciones con las colonias. Felipe II dió instrucciones muy severas, para que se les tratase como á piratas; y D. Álvaro á fuerza de vijilancia, de valor y de fatigas logró escarmentar tan molestos enemigos, é infundirles respeto y consideracion á las armas españolas.

Túvose por cierto á principios de 1564 que la armada del Turco bajaria aquel año al Mediterráneo: alarmáronse al momento, como era natural, todos los príncipes cristianos; y Felipe II llamó á D. Álvaro para consultarle las providencias que tenia dudas y las que convendria tomar. De resultas le mandó pasar á Vizcaya y embargar y disponer cuantas naves hubiese útiles en aquellas costas y en las de Santander, Asturias, Galicia y Andalucia. Asegurado despues el rey de que el Turco no verificaba aquel proyecto, resolvió hacer la conquista del Peñon de Velez de la Gomera, que era la guarida de los corsarios berberiscos. Nombró para esta empresa á D. García de Toledo, y tuvo en su buen éxito una parte muy principal D. Álvaro de Bazan.

La armada salió de Málaga y llegó al Peñon, consiguiéndose al fin la ocupacion del fuerte ó castillo principal el 6 de setiembre, entrando en él Don Álvaro con los demas caudillos. Propúsoles entonces D. García ir á cegar la boca del rio de Tetuan para quitar aquel asilo á los piratas y corsarios, y pareciendo bien al rey Don Felipe, le encargó su ejecucion á Don Álvaro de Bazan, quien apresto en el puerto de Santa María algunas galeras y varias chalupas y barcas grandes, donde mandó meter la piedra, labrarla y hacer el betun con que se habia de trabar, y saliendo de Ceuta reservadamente, llegó á la boca del rio con 11 navíos, sus galeras y bergantines, y á pesar de la obstinada resistencia de los moros, dejó perfectamente cerrada la entrada del rio, y salió con su escuadra para Ceuta, Tanger y Cadiz, se dirigió despues á perseguir con cinco galeras á los corsarios enemigos, logrando tomarles tres fustas y represarles otras tres de que se habian apoderado.

Con la noticia de las disposiciones del gran turco para enviar su armada á los mares de Italia, se dirigió desde Cartagena á Barcelona con 1500 soldados, tomó mas tropas, y juntó hasta 35 galeras, con las cuales partió para Mesina. D. García de Toledo le llevó al socorro de Malta, y contribuyó poderosamente al feliz éxito de aquella memorable jornada. Fué uno de los consejeros de D. Juan de Austria para la resolucion de los negocios que ocurrian, y en 1568 le nombró el rey capitan general de las galeras de Nápoles, donde á costa de repetidos combates, de muchas presas y de un valor y actividad sin egemplo, logró ser el genio tutelar de aquellas costas. En la pacificacion de los moriscos del reino de Granada, confiada á D. Juan de Austria, desempeñó varias importantes comisiones en mar y tierra, regresando luego con sus galeras á guardar y defender las costas de Italia.

Por estos servicios le espidió Felipe II en 19 de octubre de 1569 el título de *Marqués de Santa Cruz*. Veinte años antes habia contraido matrimonio con su prima Doña Juana de Zúñiga y Bazan, hija mayor de los condes de Miranda. Algunos años despues quedó viudo Don Álvaro con solo cuatro hijas, y contrajo segundo matrimonio con su parienta Doña María Manuel, hija del conde de Santistevan, de la que tuvo tres varones. A principios del año de 1570, se cometió al marqués la empresa de socorrer á la Goleta amenazada por los argelinos, y con sus 20 galeras dejó asegurada aquella fortaleza y volvió á unirse á la armada coligada, llevando consigo dos bajeles turcos que habia apresado en su navegacion.

En la memorable batalla de Lepanto mandó el marqués la cuarta escuadra, compuesta de 30 galeras, y socorrió oportunamente á la tercera escuadra al mando de Barbarigo, y á la capitana en que iba el generalísimo D. Juan de Austria; mató muchos turcos con su artillería, metió 200 españoles en la real, y volvió á su puesto. Socorrió á D. Juan de Cardona, á quien ocho galeras turcas tenian en grande aprieto. La real, la patrona del comendador mayor y las capitanas de su Santidad y de Venecia, socorridas y reforzadas por Santa Cruz, pudieron ausiliar á otras y acometer, rendir y llevar presas muchas enemigas. Abordó por la popa á la capitana del gobernador de Alejandría, y peleando dentro de ella denodadamente la rindió habiendo recibido dos arcabuzazos en la rodela, acometió á 35 galeras turcas que procuraban ampararse en los puertos cercanos, apresó algunas, y á las demas las hizo embarrancar en la costa, sin que de todas se salvasen mas de cinco.

En la jornada de Modon, el marqués de Santa Cruz con la capitana de Nápoles ganando el barlovento á la galera fuerte y lucida de Mahomet Bey, la embistió al abordage, y la rindió despues de hora y media de combate con muerte de Mahomet, prision de Mustafá general de los genízaros, y libertad de 220 esclavos cristianos; sin que las armadas que estaban á la vista pudiesen socorrerlos en este empeño que presenciaron con pasmo y admiracion.

Destinado en la conquista de Túnez con 250 soldados veteranos y otros capitanes á ocupar los puestos delante de la plaza, acreditó sus conocimientos en el arte de la guerra, y sorprendiendo al enemigo, entró en Túnez y tomó posesion de la fortaleza, municiones, víveres y demas provisiones.

En 13 de enero de 1582 nombró el rey al marqués de Santa Cruz capitan general de la jornada ó empresa contra las Terceras, sin dejar de serlo de las galeras de España. El combate con los rebeldes se verificó el 26 de julio, componiéndose la armada enemiga de 60 buques, y la española de 25 naos y 5 pataches, abordando el marqués á la capitana enemiga, y rindiéndola despues de una horrorosa matanza, en que fueron degollados mas de 400 franceses, y fue prisionero, herido mortalmente el general de la armada francesa Felipe Strozzi con 25 señores de estados ó pueblos de Francia, otros 51 caballeros y 313 entre soldados y marineros.

Allanada la conquista de las islas Terceras, aconsejaba el marqués al rey mandase prevenir lo necesario para que al año inmediato se hiciese la de Inglaterra, persuadido de que las osadías de los ingleses en nuestras islas de Puerto-Rico y Sto. Domingo, y los daños hechos en ellas por el ingles Francisco Drak, debian sofocarse en su raiz conquistando aquel reino. Aprobó el rey su dic-

támen, y mandó reunir en Lisboa la armada y el ejército necesario, nombrando capitan general para la egecucion de esta árdua empresa al mismo marqués de Santa Cruz; pero cuando este se ocupaba con la mayor eficacia en la habilitacion y arreglo de buques y demas apresto, adoleció gravemente y murió en Lisboa el dia 9 de febrero de 1588. Fue conducido su cadáver á la iglesia parroquial del Viso, y el 18 de enero de 1643 se le trasladó al panteon propio que los señores de la casa tienen en el convento de San Francisco de aquella villa, conforme dejó ordenado.

Celebraron al marques las musas castellanas, y cantaron sus proezas y virtudes D. Alonso de Ercilla, Lope de Vega, Luis Barahona de Soto, Miguel de Cervantes, Benito Caldera, Juan Ochoa de Lasalte, D. Alonso Coloma, y varios militares que supieron unir al estruendo de las armas los dulces ecos de sus liras.

Un escritor coetáneo del marqués de Santa Cruz reunió sus hazañas en estos términos. «Rindió 8 islas, 2 ciudades, 25 villas, 36 castillos fuertes; venció 8 capitanes generales, 2 maestros de campo generales, y 60 señores y caballeros principales; soldados y marineros franceses 4753; ingleses 780; portugueses rebeldes 6450; turcos, moros y moras que hizo esclavos 6245, cautivos cristianos á quienes dió libertad 1504; apresó ó tomó 44 galeras reales, 21 galeotas, 27 bergantines, 99 galeones y naos de alto bordo, 7 caramuzales (embarcaciones turcas de trasporte), 3 cárabos moriscos (embarcaciones usadas en Levante), y 1 galeaza; y ganó en todas las ocasiones 1814 piezas de artillería.

EL BAILE DE LAS SERPIENTES.

En todos los paises se encuentran hombres que vinculan su existencia en la credulidad y curiosidad de los demas; pero en ninguna parte abundan tanto como en la India. No bien desembarca un extranjero en sus playas, cuando una turba de escamoteadores, bailarines y titereteros le sitian, disputándose el honor de entretenerle y divertirle por la miseria de un fanon (unos seis cuartos).

De todos estos, los que mas admiran á los europeos son indudablemente los que hacen bailar á las serpientes.

Es muy comun este espectáculo en la costa de Coromandel, y tanto allí cuanto en las demas partes de la India, abundan estas serpientes y las llaman *Cobra de Capellos* ó serpientes peinadas. La largura ordinaria de estos reptiles es de tres á cuatro pies, y su color dominante el amarillo con pintas negras.

La cualidad que distingue á estas serpientes de las demas especies, es su escesiva sensibilidad para la música; cuya pasion, si puede asi llamarse respecto á un animal, es mas fuerte en ellas que en las serpientes blancas. Es esto tan cierto, que una vez sabido el agugero á donde se acogen, desde luego es cosa asegurada el apoderarse de ellas por medio de la música.

Los indios que ganan la vida enseñándolas, son tambien los que las cazan; y no siendo generalmente conocido el método que usan para cogerlas, creemos que no dejará de ser interesante la siguiente escena ocurrida en la casa del gobernador de Pondichery.

Durante la comida llegó un criado á dar aviso á la familia de que una gran *cobra de capellos* habia entrado en la bodega. Se dió al instante orden de ir en busca de un cazador de serpientes, y todos fueron en su compañía á la bodega. Despues que el Malabar hubo reconocido todo el sitio para averiguar el escondrijo de la serpiente, se sentó sobre los talones, y se puso á tocar un instrumento parecido en su configuracion al caramillo ó flauta pastoril, pero que tenia cierto sonido chillon como el de la gaita.

Apenas habia trascurrido un minuto, cuando un *cobra capellos* de casi tres pies de lonjitud, salió de debajo de una estera, se colocó á corta distancia del hombre, hizo un movimiento de oscilacion con la parte superior de su cuerpo, y dilató su buche; señal evidente del placer que la animaba. Cuando todos los circunstantes examinaron á su satisfaccion este efecto de la música en el reptil, se hizo una seña al Malabar, que cogiendo al animal por la punta de la cola le llevó con la mayor rapidez y le puso en un canasto destinado á guardarle. Antes de agregar á uno de estos reptiles á la compañía de los que bailan, lo cual se hace con todos los de esta especie, es indispensable quitarle los medios de que dañe.

Para conseguirlo se dejó en plena libertad á la serpiente sobre el terreno, y se la provocó, sacudiéndola con un pedazo de tela roja fijo en la punta de un palo, hasta que se la obligó á tirarse furiosa al pedazo de tela que mordió con tal violencia, que dejó clavados en él sus dientes. Entonces se la cojió otra vez por la cola y se la volvió á acomodar en el canasto.

Los canastos en que se encierra á las serpientes, y de los que generalmente lleva cada uno de los indios una media docena, son chatos, redondos, y sujetos como los platillos de una balanza á las dos puntas de un palo de bambú que llevan al hombro.

Cuando el que guarda las serpientes las enseña al público empieza por colocar los canastos en semicírculo delante de sí, y va sacando de ellos las serpientes una á una. Al sonido de la música el animal se endereza, casi una tercera parte de su cuerpo se apoya en tierra, su buche se dilata y se mueve balanceándose, cuyo impulso proviene de las rodillas de la persona que toca el instrumento.

La última habilidad que un Malabar hace que ejecuten las serpientes es la de acariciar al instrumento que las escita. Toca cierta tonada particular, y acerca el instrumento al réptil que por su parte reposa la cabeza sobre él, y se enrosca despues con señales de la mayor complacencia.

EL ZAPATERO.

I.

En la mas alta boardilla
de la casa que yo habito,
vive el viejo Lamparilla,
Zapatero el mas bendito
que remendára en Castilla.
En el barrio está querido
por su honradez y su empleo:
tiene fama de leido,
y es de todos conocido
por lo chistoso y lo feo.
Cara enjuta y amizcada,
mirar adusto y severo,
nariz ancha, remangada,
oreja grande, y bolada
de encasquetarse el sombrero.
Su frente desde las cejas
va á unirse con el cogote;
solo tiene unas guedejas

por detras de las orejas
donde se limpia el cerote.
Dejóle sola una hija
su difunta Nicolasa,
que por enclenque y canija
la llaman la *Sabandija*;
y esta gobierna la casa.
Pasa las noches en vela
trabajando con afan,
y á los golpes de la suela
entona una cantinela
que le enseñó el sacristan.
Muchas veces se impacienta,
y agarrando el *tirapie*,
al pobre gato calienta
porque deja *no se qué*
tapado con la herramienta.
Por la mañana se baja
á su portal predilecto,
y el tiempo que no trabaja
á sus amigos encaja
el Desiderio y Electo.

Con el sastre y el trapero,
desplegando su elocuencia,
satírico y chocarrero
hace alarde el Zapatero
de su *política ciencia*.
Si refiere alguna accion
de gaceta extraordinaria,
él hace la esplicacion
con madura detencion
en su mesa estrafalaria.
Y del modo mas sencillo
planes militares forma,
y hace á una bota castillo,
plana mayor á un martillo,
y general á una orma.
Luego pretende arreglar
la hacienda y guerra civil,
y es divertido escuchar
como á todo sabe dar
un corte zapateril.
Abortado de un seron,
sale tiznado mohino
el carbonero Pepon,
y levanta la sesion
con unas copas de vino.
Con su niña á poco rato,
en paz y en gracia de Dios,
come el viejo en pobre plato.
¡Impaciente mira el gato
comer á los otros dos!
Al toque de la oracion
se recoge el Zapatero,
y allá en su camaranchon
vuelve á entonar su cancion
como pajáro agorero.
El Domingo apenas brilla
matutino resplandor,
se levanta Lamparilla,
y se viste y se cepilla
con elegancia y primor.
Calzon de roñosa pana
con historiada chaqueta,
medias azules de lana,
y un chalequillo de grana
es su gala mas completa.
Al ver su porte y aseo,
el pobre viejo se engrie,
toma su vara y chapeo,
y se marcha de bureo....
la Magdalena le guie.

II.

Ora quiero demostrar
que en este mundo traidor,
segun adágio vulgar,
el justo suele pagar
la pena del pecador.
Bebe y triunfa el Zapatero,
se alegra y se regocija;
y en manos del tabernero
encomienda su dinero:
¿quien paga el pato? su hija.
La taberna se cerró,
allí el sudor de su frente
el majadero dejó;
y aunque pelada, sacó
la cabeza bien caliente.
A un negro guardacanton
se abalanza con fiereza,
gritando "date, ladron"
¡desgraciado remendon!
¡como tienes la cabeza!
De perros viene seguido
alborotando la calle:
ya su niña le ha sentido,
y esclama con un gemido,
¡valgame Jesus del Valle!
¡Ojos que te vieron ir,
hermoso, como unas platas,
ora te miran reñir
con los perros, y venir
por esas calles á gatas!

Trastornada la mollera
con el hijo de la uva
yace al pie de la escalera.
Allí como niño, espera
que Sabandija le suba.
La muchacha, con temor,
santiguándose primero,
toma á cuestas á su autor,
cayéndose á lo mejor
sobre el candil el sombrero.
Apurado el sufrimiento
de aquella mansa cordera,
abrumada y sin aliento,
con desfallecido acento
le dice de esta manera.
"Padre, bien puedo temblar
„los domingos y las fiestas.
„¡Como me hace usté sudar!
„temo que voy á dejar
„el pellejo en una de estas."
El la responde: "Despacha:
„no te propases..... ¡bribona!
„dale bola ¿estás borracha?
ay! esclama la muchacha:
„no puedo ya con la *Mona*."
En cada paso que da,
encomendándose á Dios,
diez minutos tardará.
Escalones faltan ya
tan solo noventa y dos.
En fin á la madrugada
su pena término tiene.
A Dios, hija infortunada:
ya te quedas descansada
hasta el domingo que viene.

V. P. y N.

COSTUMBRES.

UN DIA PERDIDO

Ó

LAS VISITAS DE CUMPLIMIENTO.

(Este artículo fué leido por su autor en el Liceo artístico y literario de esta Córte).

Amor, dulce tirano de la vida,
que á tu poder sujetas y avasallas
cuanto en su vasto seno el mundo encierra;
que en el mar, en el aire, y en la tierra
animando te hallas
la creacion entera á tí rendida;
yo, rudo trovador, mísero y triste,
en quien la activa llama de tu fuego
en juveniles años encendiste
por darte adoracion humilde llego
á tu dorado templo;
y siguiendo el ejemplo
de cuantos en el orbe han cultivado
la excelsa poesía,
esforzándome á hacer mas acordado
el ronco acento de la lira mia,
si tu influjo me inspira y puede tanto,
te rendiré homenage con mi canto.
Yo cantaré tus glorias y alabanzas,
y cómo los mayores imposibles,
por estraños caminos indecibles,
con tu solo querer puedes y alcanzas.
Y haré ver que de tí tan solamente
cuanto en el universo siente y vive,
la vida y ser recibe,
y solo por tu impulso vive y siente.
. . . . . .

Tambien yo sentiré en el alma que estos versos hayan gustado á mi auditorio, porque no hay mas por ahora; y si han caido en gracia casualmente, me queda el escozor de no haber concluido tan afortunada composicion. En fin pase por *fragmento*, una vez que los *fragmentos* son tan de moda, que no solo se recitan, se leen ó se publican fragmentos de composiciones poéticas, sino que se escriben adrede y deliberadamente; que es como si un arquitecto se dedicára á hacer un friso ó un capitel; y como si á un sastre se le ocurriese hacer un cuello de levita, ó á una modista el ala de un sombrero.

Asi, ni mas ni menos, ha sucedido con mi ya leido *fragmento*, que se quedó en tal estado, por haberme interrumpido, cuando le estaba escribiendo, un cierto primo mio, que tiene tambien el seso en fragmentos. Los que por inclinacion ó por recurso, ó bien por entrambas cosas á un tiempo, nos hemos dedicado al estudio de las letras y á la penosa tarea de escribir, tenemos que sufrir entre otras muchas calamidades la plaga de los importunos que vienen á interrumpirnos el trabajo, precisamente en lo mejor de la inspiracion; y sin embargo no tenemos arbitrio para resistir esta importunidad, ni se nos concede el derecho de enfadarnos por ella. Si á uno que va andando por la calle, se le llegára otro por detras, y agarrándole de los faldones de la levita, le impidiera continuar su camino ¿qué sucederia? Que el detenido le afearia su proceder, y quizá, quizá le pagaria el favor con un par de mogicones; y todo el mundo diria que habia hecho divinamente. Si cualquiera de VV. se pusiera cuidadosamente á encender una chimenea, y cuando ya fuese levantando llama, llegase yo con un jarro de agua, y arrojándosela le apagase el fuego, ¿no es probable que el encendedor me tiraria á la cabeza las tenazas y los fuelles, ó se vendria tras mí á darme de tizonazos, como hacen los diablos del infierno con los músicos de aficion y con los malos traductores? Pues ahora bien: el que interrumpe á otro cuando está escribiendo (siendo el que escribe escritor, y no escribiente) le trata mucho peor que si le apagase la chimenea, ó le atajase en la calle el paso, pues que en efecto le apaga el fuego de la invencion, y le ataja el paso del discurso; y merecia, ya que es causa de que tal vez se queden en el tintero los mas bellos pensamientos, que se le tiráran los pensamientos, esto es, el tintero á la cabeza.

Estas y otras reflexiones hice yo á mi interruptor en tono muy serio, sacando por todo fruto que se riyese á carcajadas de la seriedad, de las reflexiones, y de quien las hacia. El hecho fué que la composicion quedó sin concluirse; y yo de mal humor, y aburrido con un contratiempo que tal vez me arrancaba el principio del tallo de la primera hoja de laurel de la corona, que acaso me prepara la posteridad: de todas maneras yo estoy muy preocupado á favor de los tales versos que no hice, porque tengo tal idea formada de mis grandes disposiciones para la poesía, que vivo persuadido de que mis mejores versos serán siempre los que me deje por hacer.

Viéndome entonces el dichoso primo de tan mal ta-

lante, quiso enmendar su yerro, y para distraerme le ocurrió proponerme que nos fuésemos juntos á hacer visitas. — Visitas! exclamé yo. ¿Qué son visitas? — Visita es, me respondió él muy de presto, el acto de visitar. — ¿Y qué es visitar? le pregunté. — Visitar es ir á ver á su casa á las personas que uno conoce. — Y para qué? pregunté de nuevo. — Para qué! para qué! qué preguntas tienes? Para visitarlas, para verlas, para conservar las relaciones de amistad.... — O mas bien, interrumpí yo, para importunar á la persona que se visita, para interrumpirle, como tú á mí, en sus que-haceres, para quitarle el tiempo, que es el robo de mas cuantía que puede hacerse en este mundo, para estorbarle en el plan de sus ocupaciones forzosas ó voluntarias.... — Eso es, me dijo él, ¿con que los hombres que viven reunidos en sociedad no han de verse, no han de tratarse, no han de visitarse....? — Te diré, volví á responder; los hombres deben verse en parages públicos, como el paseo y los espectáculos; deben conocerse en reuniones útiles, como corporaciones, sociedades científicas, artísticas, literarias, ó filantrópicas; deben tratarse cuando el comercio recíproco de sus ideas ó de sus negocios dé lugar á ello; deben trabar amistad cuando mútuamente se reconozcan dignos del nombre de amigo; y por último, deben cultivar esta amistad con utilidad de unos y otros, y sin molestia de ninguno.

Si todos observasen estas reglas; si los hombres no anduviesen de un lado para otro, juntándose y separándose sin utilidad ni provecho, otro seria el aspecto de la sociedad en general, y no se declamaria con tanta razon contra el trato y comercio del mundo. — Bellas teorías, me respondió el importuno; bellas teorías, que reducidas á práctica son imposibles y absurdas: teorías que tú mismo no observas, y que ahora se te antoja proclamar, ó porque en este momento estás de mal humor, ó porque quieres hacer del filósofo, del misántropo y del extravagante.

Confieso que esto último me picó, porque tengo por sistema el no señalarme haciendo rarezas, ni ridiculizarme con extravagancias: y viendo el primito que ya me iban haciendo efecto sus persuasiones, volvió á la carga con tal ímpetu, que no tuve otro arbitrio sino rendirme á discrecion, y prometer echar la mañana á perros; esto es, á hacer visitas de cumplimiento. Hecho el convenio, comencé á vestirme. Paso por alto las operaciones del tocador, que como apresuradas y de mala gana, y quizá tambien influidas por el hado fatal que para mí reinaba en aquel dia, fueron á cual mas desventuradas. Cuando acabé de afeitarme, el gato se vino desde la cocina á lamer el suelo al olor de la sangre y las piltrafas; cualquiera hubiera pensado, viéndome tan mal herido, que volvia de un desafio ó de una empeñada accion de guerra. A fuerza de parches de tafetan inglés me cubrí la cara de manera, que en cualquiera baile de máscara hubiera podido ahorrar de careta. Entró despues la operacion de arreglar la corbata, mas difícil para mí que el componer un soneto, y eso que no soy ningun Lope de Vega; pero por fortuna mi primo creyó que en este punto era caso de conciencia el ayudarme con su intervencion; y en menos de doce minutos, y con no mas de otros tantos alfileres, despues de haberme hecho creer por varias veces que trataba de estrangularme, me fabricó el lazo mas complicado, protuberante y magnífico que ha visto en corbatas el Prado de Madrid.

Salimos por fin á la calle dispuestos á visitar á medio mundo, provistos de sendas targetas, y yo por mi parte pidiendo á Dios de todo corazon que no encontrásemos á nadie en casa. La primera en que nos embocamos (porque era preciso buscar visitas en que mi primo y yo tuviésemos que cumplir), fue la de una Señora que habia tenido la bondad de darnos parte de su casamiento, ó por señal de afecto, ó por mayor publicidad del caso, ó por dar colocacion á un ejemplar mas de las elegantes esquelas, impresas con mas variedad de caracteres que suele tenerla de metros un drama moderno. Yo no habia correspondido á esta atencion con la visita acostumbrada á los Señores novios, pero mi primo sí, é ainda mais, la habia visitado (tanto era el tiempo transcurrido) cuando dió á luz el primer fruto de su matrimonio; item, cuando con toda felicidad habia salido al mundo el segundo-génito; y por último, decia mi primo, ya que no la has visitado de recien casada, justo es que la consueles de recien viuda: su marido ha perdido la vida en campaña, de suerte que estará la pobre mujer inconsolable. Declaro paladinamente, que oyendo esto, me afeaba yo á mí mismo tal descortesia, y subiendo la escalera iba haciendo propósito de borrar mi falta á fuerza de consuelos. Tocamos la campanilla, abren la puerta, y una criada nos precede hácia el gabinete de la Señora. Lo mismo fue anunciarnos, que sentirse dentro del aposento algun rumor como de menear los muebles, pero nosotros no hicimos alto en ello, y nos entramos de rondon, hallando á la enlutada viudita sola con un galguito inglés que hizo ademan de mordernos las pantorrillas, por via de saludo. Estaba su ama muellemente recostada en una poltrona, con el semblante algo encendido, sin duda de tanto llorar, y cierto aire de distraccion, como de quien no puede dominar sus penas.

La silla en que yo me senté me pareció bastante caliente, asi como si en aquel momento la hubiera desocupado otra persona, pero ello es que en el gabinete no habia nadie mas que la Señora y el perrito.

No pudimos mi primo y yo evitar que la conversacion recayese en la reciente desgracia, y con esto nuevas lágrimas acudieron á los ojos de la sensible viuda, y de sus labios salieron patéticas invocaciones á los manes del difunto, y sinceros juramentos de eterna fidelidad. Yo me sentí conmovido, y para distraerme volví á otro lado los ojos; cuando noté que el galguito se habia acercado á la puerta de una alcoba, y mirando atentamente hácia adentro, empinaba las orejas y meneaba cariñosamente el rabo. Esta ocurrencia del maldito perro, el calor del asiento de mi silla, el rumor que al entrar nosotros se habia oido..... eran tres cosas sin relacion ni analogía; mas ello es que comparándolas entre sí, empecé á creer menos desamparada á la viudita, y á confirmarme en la idea, de que nuestra primera visita no habria sido muy agradecida. La abreviamos, pues, cuanto nos fue posible, y ya puestos en la calle, mi primo no pudo menos de convenir conmigo, en que la Señora viuda se habria alegrado mas por aquella mañana de que no nos hubiésemos acordado del santo de su nombre.

Sin embargo, fue preciso llevar adelante el proyecto. Subimos hasta un cuarto tercero, en donde por no estar los Señores, ó porque nos dijeron que no estaban, dejamos en nuestra representacion un par de targetas. De allí fuimos á otro llamado tambien cuarto tercero, no obstante de que en esta casa habia un piso mas; pero está visto que los entresuelos no entran en Madrid en cuenta para medir alturas. — ¿No te parece, decia yo á mi primo, que es cosa divertida esta de andar de una parte á otra subiendo y bajando escaleras, y todo para buscar gentes que se alegra uno de no hallar tanto como ellas de no ser halladas? Pues esto es lo que se llama hacer visitas de cumplimiento. — Él siempre encontraba respuesta á estas objecciones; y siguiendo sin hacerme caso, me arrebató á otra casa, en donde hallamos la sala cuajada de visitas del uno y del otro sexo. Nuestra

llegada produjo una completa revolucion; mas luego que todos se hubieron aquietado, la conversacion volvió á animarse; los hombres escuchábamos, las mujeres hablaban todas á un tiempo, y cada cual con la que tenia á su lado, no curándose del resto del auditorio. En esto á la Señora de la casa le ocurrió dirigirse á mí, llamándome Sr. Estudiante, y con esto todas las miradas se fijaron en mi persona con un aire de curiosidad capaz de sonrojar á otro que tuviese aun menos vergüenza.—¿Cómo está el Liceo? me preguntó.—Sigue bien, señora, dije yo: ahora últimamente acabamos de hacer las últimas reformas de las últimas constituciones, que regirán por lo menos toda la cuaresma.—¿Y las sesiones de competencia son siempre tan brillantes?—Sí señora: cuando los literatos que han de leer sus composiciones asisten y se prestan á hacerlo, cuando los músicos que han de cantar y tocar no están roncos ni mal humorados, y cuando á los pintores que están de turno les viene en voluntad el manejar los pinceles, entonces está el Liceo verdaderamente delicioso.

Aquí acabó nuestro diálogo, y como yo conocí que el haberme dirigido la palabra habia sido por efecto de cortesanía, quise tambien dar conversacion á la Señora, y la pregunté si adelantaba mucho su niño mayor en el colegio.—Hace ya dos años que es capitan y está en el ejército.—Ola! sea enhorabuena: pero le consolará á V. de su ausencia la compañía de su hermana.—Yo le diré á V., contestó la buena señora, como hace solos catorce meses que se casó, es todavía demasiado poco tiempo para que se resuelva á dejar á su marido por estar con su madre; mas adelante ya será otra cosa.—No estrañe V., señora, dije yo entonces algo turbado, verme tan poco instruido de los sucesos de su familia, porque me ha sido imposible en todo este tiempo tener el gusto de ver á VV.: hasta que hoy ya le recordé á mi primo que estaba en obligacion de venir, porque V. habia tenido la bondad de ofrecerme esta casa cuando se mudó á ella.....—No señor, no fue esta casa, ni la otra que vivimos anteriormente, sino la que tuvimos antes en la calle del Prado.—Esta última pifia me acabó de desconcertar, y así, haciendo seña á mi primo, salimos á toda prisa para ocultar mi turbacion.

Pero todavía me reservaba la suerte el lance mas comprometido de una visita de cumplimiento en otra casa á donde fuimos en seguida, y que tambien estaba demasiado concurrida por mi desgracia.

No sé quien habia allí que tuvo la ocurrencia de pedirme noticias del teatro de la guerra, suponiendo que como periodista deberia de estar muy enterado. Yo entonces, por no dejarle mal, quise esplayarme, y empecé á referir en tono de narracion histórica los pormenores de cierta accion. Ponderé lo muy empeñada que habia sido, el gran número de heridos y muertos de una y otra parte, y últimamente cité por sus nombres los diferentes regimientos de todas armas que habian tomado parte en el combate. Entusiasmado con mi patética narracion no reparé en el efecto que hacia en mis oyentes, hasta que una Señora que estaba á mi lado rompió á llorar con toda su fuerza. Todos la rodearon entonces, y esforzándose á consolarla: «sosiéguese V., le decian, quizá no será verdad lo que dice este caballero, porque al fin es periodista.»—Eres un imprudente, me dijo en esto mi primo; esta Señora es mujer del comandante Alvarez, que segun tus malditas noticias debe de haberse hallado en esa sangrienta accion que has estado pintando.—Señora, señora, grité yo entonces: V. dispense mi indiscrecion, porque no tenia el honor de conocerla; pero debe V. estar enteramente tranquila por la suerte de su esposo el comandante Alvarez. Me consta positivamente que no se ha hallado en la accion, porque el general le habia enviado con alguna fuerza en busca del asentista de provisiones de aquel ejército, á quien se ha pillado en cierto enjuague, con orden expresa de fusilarle donde le hubiese á las manos.—¡Ay, mi marido! dijo dando una gran voz una señora vieja que al lado de la chimenea estaba: mi marido es ese que van á fusilar; y diciendo esto le entró una convulsion que la hizo caer desde la silla dentro de la chimenea. El fuego prendió al instante en una manteleta que llevaba entretelada de algodon, y á unos lazos de cinta que tenia por adorno en la cabeza. Todo se volvió entonces voces, llantos, alboroto y confusion. Yo causa de aquella inmensa rebugina me arrojé á socorrer á la Señora que ardia como un saco de paja; agarro mi capa y se la echo encima logrando sofocar el fuego de la manteleta; quiero asir del peinado para hacer lo mismo, pero la infeliz llevaba peluca, y yo me quedé con todo el postizo ardiendo en la mano, dejando descubierta á la intempérie y á vista de los circunstantes, aquella desnuda y deforme calavera.

Contemple cualquiera el efecto de tan desagradable escena, y figúrese cual seria mi sofocacion y pesadumbre. Ni sé como ni cuando salí de aquella casa; solo puedo decir que ya dentro de la mia, y teniendo á mi primo al lado le reconvine agriamente por su diabólica idea, orígen de todas mis desgraciadas aventuras, y despues de mil pestes y reniegos contra mi indiscrecion y necedad inaudita, hice voto y juramento solemne de no volver jamás en mi vida á hacer esas que se llaman visitas de cumplimiento.

A. M. S.

CRÓNICA.

ATENEO DE MADRID.

SECCION DE LITERATURA.

Sesion del viernes 22 de febrero.

El tema señalado para la conferencia era el *Exámen de las unidades dramáticas* propuesto por el Sr. *Segovia*, á quien el Sr. Presidente invitó á abrir la discusion.

En su consecuencia tomando la palabra dicho Sr. *Segovia* comenzó por asegurar que su ánimo al proponer la cuestion indicada, no habia sido otro que el de escitar á la seccion á debatir un punto en el cual se proponia aprender y no entrar en discusiones delicadas; porque habiendo llegado ya el caso de haberse hecho dudosas la mayor parte de las doctrinas literarias, queria saber, por una parte lo que las reglas de las unidades tienen de cierto respecto de la naturaleza, y por otra á qué términos racionales pueden estas reducirse, sin tocar en los estremos de la estricta severidad de los preceptos, ó del total quebrantamiento de los mismos.

El Sr. *Alcalá Galiano* despues de aplaudir la modestia del Sr. preopinante, á través de la cual dijo se descubria su conocimiento en la materia y su adhesion á la observancia de las tres unidades, manifestó que no podia convenir en su opinion respecto de estas por creer firmemente que las reglas de que se trata carecen de fundamento sólido, y no han sido jamas sino obra exclusiva de los preceptistas: así como cree que precisamente se debe al quebrantamiento de esas reglas los mas escogidos frutos del teatro. Para esplayar su juicio en la materia dijo que cuando en el siglo pasado se importó á España la doctrina de las tres unidades fue admitida y respetada con tanta veneracion, que menos escrúpulo hubieran tenido en quebrantar

el ayuno que ninguna de las tres unidades. De este respeto supersticioso por la observancia de las reglas, dijo, habia participado él mismo en su juventud y defendídola con empeño: pero que mirando actualmente las cosas de otro modo distinto, se veia precisado á sostener la opinion contraria.

Entrando en la cuestion, manifestó que solo en la tragedia latina, en la italiana y la francesa se veia observada la regla de las tres unidades desde que los preceptistas la establecieron; pero no asi en el teatro griego, que no la conocia, como tampoco el español antiguo ni el aleman. El teatro moderno, sin embargo de no ser sus obras las mejores que se han escrito, tambien ha rechazado el yugo de aquella regla; pero abunda en defectos, y tal vez se deba á ellos el descrédito atribuido á la inobservancia de las reglas.

La única unidad, añadió, que siempre ha sido deseada es la de accion porque lleva consigo la unidad de interés; y esta es *ciertamente* la mas *importante*; si bien puede haber acciones dramáticas en las que no se observe con todo rigor la regla de unidad, y sin embargo existen un interés completo. Asi se verifica en la tragedia de Los *Horacios*: en ella hay dos acciones una el triunfo de estos; otra la desesperacion de Camila por la pérdida de su amante en la pelea, y sin embargo interesan vivamente una y otra. En el *Quijote* de Cervantes se logra igualmente un interés muy vivo sin estar observada la unidad de accion.

Pasando luego á hablar de la unidad de tiempo, dijo que si hubiese de seguirse en su observancia su verdadero espíritu, los sucesos de la accion dramática deberian limitarse á los que extrictamente se pudieran verificar en el tiempo que dura la representacion. Pero siendo imposible esto, se han visto precisados los preceptistas á conceder el espacio de un dia ó dia y medio. Y habiendo ya en esta concesion una verdadera falta de verosimilitud ¿por qué ampliar la unidad de tiempo á este espacio y no á cuatro dias, á quince ó á un mes? Para corroborar su opinion hizo un paralelo respecto de esta unidad entre el *Cid* de Corneille y las mocedades del Cid de Guillen de Castro, y dedujo que en la observancia de esa regla por el primero habia mas inverosimilitud que en el quebrantamiento de la misma por el segundo.

Como consecuencia de esta doctrina, sostuvo que la ilusion teatral no dependia de la observancia de las reglas, sino del interés *producido por la accion, los caracteres y demas condiciones* dramáticas. Y que asi en este género como en la novela y demas composiciones de ingenio, la ilusion producida por ellos en el alma, es como el sueño, que jamas tiene en cuenta el tiempo transcurrido en sus delirios. En comprobacion de lo cual citó algunas composiciones dramáticas en que la ilusion teatral era completa, á pesar de la falta absoluta de aquella unidad, sin que bastase á destruirla la escuela clásica introducida por *Luzan*, la cual fue únicamente literaria pero jamas popular entre los españoles.

En cuanto á la unidad de lugar dijo ser de menos importancia que las otras. Los griegos no la conocieron, porque su teatro á causa del atraso material en que se hallaba, ni tenia candilejas, ni techado, ni bastidores, ni nada de cuanto en los nuestros puede facilitar la mudanza de escena. En aquel se presentaban muchos lugares á la vez y pasaban de unos á otros los actores cuando la accion lo exigia. En las comedias españolas, en los dramas de Shakespeare y en la *Semiramis* de Voltaire, se trasladan los personages de un aposento á otro sin destruirse por eso la ilusion; prueba clara de que esta no depende de la observancia de aquella regla.

Añadió sin embargo que no pretendia con lo dicho aplaudir los desaciertos de los que ahora se llaman *románticos*. Que en su sentir el mal de estos consiste en no serlo realmente, y en ser opuestos á los *clásicos*; porque intentando desviarse de la escuela de estos y seguir un rumbo enteramente contrario, dan en un estremo por evitar otro: huyen de Scila y se estrellan en Caribdis.

Resumiendo cuanto habia manifestado, dijo; que el espíritu de examen propio del siglo en que vivimos, asi en literatura como en política, induce á no tener por sagradas las reglas clásicas, asi como tambien á no aplaudir los desaciertos del romanticismo. Y pues veia los muchos bienes producidos en la poesía dramática por el quebrantamiento de las reglas, no podia menos de apoyarle sin aplaudir el esceso; mucho *menos* en los escritores románticos del dia, que en su sentir son, generalmente hablando, malos escritores. La época del drama, continuó, ha pasado ya; *porque se está representando actualmente otro drama* de mucha mayor importancia como es el de la política, en el cual todos por necesidad somos actores; y concluyó diciendo que pues la época es nueva, nuevos los intereses, nuevas las instituciones y todo en suma nuevo, debia ser igualmente el drama.

Contestando el Sr. Segovia á todo lo dicho, volvió á insistir en que no fué su ánimo tomar parte en la discusion; y por lo tanto se habia abstenido de emitir opinion alguna sobre la materia; pero á pesar de eso le habia combatido el Sr. Galiano creyéndole sectario de una ortodoxia literaria de que no pudo haber dado el menor indicio. El Sr. Galiano, continuó, ha apoyado algunos dramas porque en ellos se ven quebrantadas las reglas; pero no por eso ha probado que del quebrantamiento de estas resulte el mérito de aquellos.

Pasando en seguida á examinar la índole de las unidades dramáticas, consideró su relajacion contraria á la naturaleza; y con este motivo manifestó nuevamente los mas vivos deseos de ver fijados de un modo claro, indudable y *no sujeto* á discusiones sútiles y perpétuas, el límite que debia darse á la regla de las tres unidades.

Habló de la naturaleza y *origen* de ellas, segun la doctrina admitida por los filósofos, demostrando que el haber estos establecido la regla de las tres unidades, proviene de la dificultad con que el hombre fija su atencion con energía sobre el conjunto de una composicion de cualquier naturaleza que sea, cuando carece de la unidad indispensable. Y que si bien no merecen ser observadas con todo rigor la de tiempo y lugar, la de accion no puede menos de prescribirse como sumamente necesaria; sin que baste á destruir este principio tal cual egemplo de algun ingenio feliz que logre escitar el interés desentendiéndose de la regla; porque ciertamente los grandes ingenios estan autorizados para el quebrantamiento de todas ellas, si libres de ese yugo consiguen producir grandes obras.

Por último concluyó diciendo, que examinada la cuestion acerca de la observancia de las unidades dramáticas, y sin admitir por su parte ninguna opinion esclusiva en la materia, tan ridículo le parecia el empeño de señalar un término fijo á la imaginacion humana, como estravagante el conceder la franca libertad para que traspase todas las leyes de la razon y conveniencia literaria.

El Sr. Galiano volvió á hacer uso de la palabra para enunciar otra idea acerca de las unidades de tiempo y lugar. En estas, dijo, hay un mal grave, el cual consiste en creerse generalmente que dentro de la estrechez á que obliga su *observancia*, *se puede sin embargo* pintar un verdadero caracter teatral. Esto, añadió, no es exacto; lo que se consigue pintar en tan reducido espacio, no es un caracter, sino una abstraccion. Todo lo contrario *sucede* salvando la barrera de las reglas; entonces es cuando únicamente se puede pintar un caracter, esto es, desmenuzarle, presentarle bajo todos sus aspectos, con todos sus accidentes. El *Hamlet* de Shakespeare, por egemplo, no puede ser pintado en 24 horas; porque no era posible presentar en tan corto espacio todos los rasgos peculiares suyos que pueden darnos idea exacta de aquel personage singular. Y por último, añadió, que bajo el rigor de las reglas, en lugar de caracteres solamente se presentan pasiones, afectos, de lo cual se ven egemplos palpables en las tragedias de Racine y de Corneille.

Concluida la ampliacion del Sr. Galiano y juzgándose conveniente trasladar la conferencia á otra sesion, se dió por terminada la de este dia.

J. de la R.

CAJA DE AHORROS

DE MADRID.

El Domingo 3 del corriente ingresaron en Caja 36.186 rs. impuestos por 198 individuos, de los cuales los 98 fueron nuevos imponentes.

Se devolvieron en el mismo dia 2088 rs. reclamados por tres individuos.

Hoy Domingo está abierta la Caja de Ahorros, y se reciben en ella los depósitos desde *cuatro* rs. á *trescientos* inclusive, y hasta *mil* la primera imposicion cada individuo.

MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN.